Antonio
Gamonedá

Libro
del frío

Prólogo
de Tomás Sánchez Santiago

Galaxia Gutenberg

Antonio
Gamonedada
Libro
del frío

Prólogo
de Tomás Sánchez Santiago

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de Jordi Doce

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2022

© del original: Antonio Gamoneda, 1992, 2003, 2022
© del prólogo: Tomás Sánchez Santiago, 2022
© de esta edición: Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: María García
Diseño de colección: Albert Planas
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B16475-2022
ISBN: 978-84-19075-76-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Libro del frío

[1986-1992, 1998, 2004 y 2016]

I
GEÓRGICAS

TENGO frío junto a los manantiales. He subido hasta cansar mi corazón.

Hay yerba negra en las laderas y azucenas cárdenas entre sombras, pero ¿qué hago yo delante del abismo?

Bajo las águilas silenciosas, la inmensidad carece de significado.

ENTRE el estiércol y el relámpago escucho el grito del pastor.

Aún hay luz sobre las alas del gavilán y yo desciendo a las hogueras húmedas.

He oído la campana de la nieve, he visto el hongo de la pureza, he creado el olvido.

ANTE las viñas abrasadas por el invierno, pienso en el miedo y en la luz (una sola sustancia dentro de mis ojos),
pienso en la lluvia y en las distancias atravesadas por la ira.

UN BOSQUE se abre en la memoria y el olor a resina
es útil al corazón. Vi las esferas del sudor y los insectos
en la dulzura;

luego, el crepúsculo en sus ojos;

después, el cardo hirviendo ante el centeno y la fatiga
de los pájaros perseguidos por la luz.

ESTA casa estuvo dedicada a la labranza y la muerte.

En su interior cunden las ortigas, pesan las flores sobre las maderas atormentadas por la lluvia.

EL CUERPO esplende en el zaguán profundo, ante la
trenza del esparto y los armarios destinados a los mem-
brillos y las sombras.

De pronto, el llanto enciende los establos.

Una vecina lava la ropa fúnebre y sus brazos son blancos
entre la noche y el agua.

SOBRE excremento de rebaños, subo y me acuesto bajo
los robles musicales.

Cruzan palomas entre mi cuerpo y el crepúsculo, cesa
el viento y las sombras son húmedas.

Hierba de soledad, palomas negras: he llegado, por fin;
este no es mi lugar, pero he llegado.